

GANARLE LA BATALLA AL DESPERTADOR

Estoy en un barco, todo es muy bonito pero... no lo siento del todo. Rodeado de mar, el cielo azul, el sol brillando en lo alto... pero no consigo empapar-me de todo aquello. Me duele la espalda, es molesto, no me deja concentrarme y llegar a vivir todo esto tan raro. Finalmente opto por despertarme, poco a poco he ido siendo consciente de que estaba metido en un sueño, que estaba en mi cama dando vueltas, y creo que me he desvelado, acabo despertándome y no parece que vuelva a recuperar el sueño.

Miro el despertador y... 7:57, tres minutos antes de que, como todas las mañanas, me pegara un susto de muerte y me dejara con taquicardia gran parte de la mañana. Cualquiera se hubiera quedado frustrado ante la esperanza de poder quedarse un poco más en la cama y ver que no, que justo te has despertado a la hora exacta para empezar un rutinario día. Pero no es así, me siento bien, me siento vencedor, porque esta mañana le he ganado la batalla al despertador que disfruta haciéndome regresar de mi apacible mundo onírico.

Con una sonrisa en la boca apago el despertador, que esta mañana tendrá que quedarse con las ganas, mudo, esperando poder vengarse la siguiente mañana.

Tengo sueño, estoy cansado, despistado, aun estoy metido en el sueño que me ha llevado a un lugar extraño esta noche. Con mucha pereza me voy a la ducha... pero el agua está helada, con el frío que hace en casa a estas horas. Llamo al portero, el muy vaga debía estar durmiendo en su cama, y con voz soñolienta me explica que hasta las 11 no va a haber agua caliente, así, como si tal cosa, tranquilamente me lo explica... cuelgo, e intento buscar el lado positivo. Con lo dormido que estoy no vendrá mal un chapuzón de agua fresquita que me despierte además es bueno para la circulación... frío, mucho frío es lo que sentía cada poro de mi piel bajo esa agua helada. Estando mosqueado me preparo el desayuno... veo que es tarde, que casi no llego al trabajo, con tanta llamadita inútil al portero, así que me pongo un vaso de leche de la nevera e intento comerme una

tostada con mantequilla, pero... ¡oh! mi dedo sangra, poco, pero lo peor es como me escuece... malditos cuchillos afilados al máximo ¿para qué?, ¿para untar mantequilla? Me intento curar la herida y me pongo una tirita. Cada vez es más tarde, el despertador marca las 8:30, tengo cuatro minutos para salir de casa... opto por limpiarme los dientes un poco por encima, tampoco hace mucho que no me los limpio. Elijo cualquier cosa para ponerme: camisa, chaqueta, pantalón... ¡ostras!, me estoy atando los zapatos y es cuando me doy cuenta de que llevo un calcetín de color azul marino y otro de color negro. A todo correr busco el otro compañero, el azul marino es el que encuentro primero, otra vez a desabrocharme el cordón.

Vale, parece que ya estoy listo, un día más... Veo la cama, que apetecible me parece desde el pasillo, miro al despertador con cara de burla... puede que este día haya empezado un poco sobresaltado, no recuerdo si me he levantado con el pie izquierdo... pero, he ganado al despertador.

Salgo a la calle, ¡valla!, pero si está lloviendo a cántaros... eso me pasa por no levantar las persianas... llamo al ascensor que me acaba de dejar en el bajo... imposible. Hace dos segundos funcionaba. ¿Por qué me pasa esto hoy que llego tarde? Subo cansado diez enormes pisos, cojo el paraguas, y vuelvo a bajarlos. Pienso en llamar al portero, pero ya es demasiado tarde, aunque el muy golfo seguirá calentito en su cama, soñando que está en una playa del caribe..., posiblemente haya un barco... Cuando salgo y abro el paraguas, se me mete una varilla de éste por el ojo que casi me deja tuerto. La mitad del paraguas está caído. Bueno, al menos tengo un trozo para no mojarme la cabeza.

A trompicones, esquivando charcos, me dirijo a la parada del autobús. Está todo tan gris, tan oscuro, y apenas se ve gente por la calle... es más, estoy prácticamente solo, es como si el fin del mundo hubiera venido arrasando con todo menos conmigo. El único coche que aparece por allí, va como un loco, y me salpica el pantalón dejándome calado, ¡menudo golfo!, seguro que iba borracho. El autobús no viene... además de atravesarme media ciudad en ese proyecto de transporte público, me hace esperar bajo la lluvia calado como estoy... y encima llego tarde al trabajo, mi jefe me va a matar. Después de pensarlo un rato, decido llamarle para avisarle, es uno de esos tipos que agradece la comunicación y la sinceridad de sus

empleados. Me salta el buzón de voz... que raro, no me lo esperaba, él estará ya en la oficina y no puede trabajar sin el teléfono... suena el pitido y debo dejar un mensaje... no se me ocurre excusa, porque lo de la ducha y todo lo que me ha pasado en el día no suena verdadero, así que le digo lo primero que se me ocurre... y es que hay un atasco tremendo, cuelgo y mirando a mi alrededor veo que no hay nadie, pero bueno, siempre ha sido una odisea llegar al trabajo con la cantidad de vehículos que van hacia esa dirección a sus respectivos trabajos, así que, no es extraño lo que le he dicho a mi jefe.

Al fin llega el autobús... ¡ivació! Después de media hora de espera tengo los moquillos colgando, la garganta algo inflamada, y tengo dolor de cabeza. Saco un pañuelo, los estornudos son continuos. Bueno, ya estoy en camino y lo he pasado mal, sí, realmente ha sido un día de mierda, pero, le he ganado la batalla al despertador. No puedo evitar una sonrisilla en mis labios. Ese golfo, con sus números rojo fosforito, rojo infierno, con prisa por llegar a la hora en la que toca la alarma... para sacarme de mi sueño, de mi cama calentita... pero hoy no, hoy te he ganado la batalla...

Con media hora de retraso salgo del autobús, sigue lloviendo a mares, me dirijo corriendo a la oficina y... cerrado. ¿Cerrado? ¿Qué córcholis está pasando? Intento recordar los últimos momentos de ayer en el trabajo: cerramos la reunión de la nueva campaña, le mandé a Esther hacer las fotocopias de los dossier, me tomé un café con Fernando, cogí el abrigo y salí por la puerta despidiéndome de Gloria y Manuel que estaban allí, ¡sí! Ya me he dado cuenta de lo que pasa, me sale la risa nerviosa, me siento al borde de la explosión, el ridículo fluye por mis venas... sí, recuerdo la despedida... buen fin de semana José.

Me vuelvo al autobús, ya va apareciendo la gente por la calle. Aun no puedo creer lo que me ha pasado, ¡cómo no me he dado cuenta de que era sábado!, me siento terriblemente mal, recuerdo todo el día asqueroso que he tenido hasta entonces, miro mi pantalón mojado, mi paraguas roto, mi dedo malherido bajo la tiritita, siento el escozor de mi cara, mi estómago ruge de hambre y no quiero ni pensar en lo que pensará mi jefe cuando escuche el mensaje. Ni siquiera me consuela volverme a la cama, me siento enfermo. Subo uno a uno los escalones de mi casa de nuevo, pero al menos esta vez sin prisa, y al entrar me encuentro al despertador frente a mí,

sonriéndome directamente, ahora es él el vencedor de la batalla. Si no lo hubiera apagado, no hubiera sonado, ya que está programado para sonar de lunes a viernes... y ahí estaba él, desafiante, creyéndose más listo que yo ¡ja, ja, ja! Lo desenchufo de un tirón y lo tiro a la basura... me tumbo en la cama dispuesto a volver a mi sueño... he ganado la batalla al despertador.

JOSÉ A. GEMIO MILLÁN, 15 años.

Huelva